

# LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS  
Ruiz, 8, 1.º izquierda.  
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II  
7 de Septiembre 1889.  
NÚMERO 49.

## LA BAÑISTA PURE SANG

Juanita Martínez, hija de Madrid, guapa ella, y con una sangre torera que no se la merece. Lleva muchos años sumergiendo su cuerpo en el Cantábrico, que la recibe en su seno restregando sus voluptuosas aguas por ese cuerpecito de nieve que no ha podido derretirse al calor de pasión alguna. Tutea á los bañeros, se toma confianzas con los bañistas, y hasta permite, según malas lenguas, que la den pellizquitos salva la parte. No conoce el miedo, porque está plenamente convencida de que no es verdad eso de los tiburones junto á la orilla.

Por eso repite ella con mucha razón:  
—¡Fíese usted de lo que dicen en las zarzuelas!

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

### Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.  
Seis meses..... 5 »

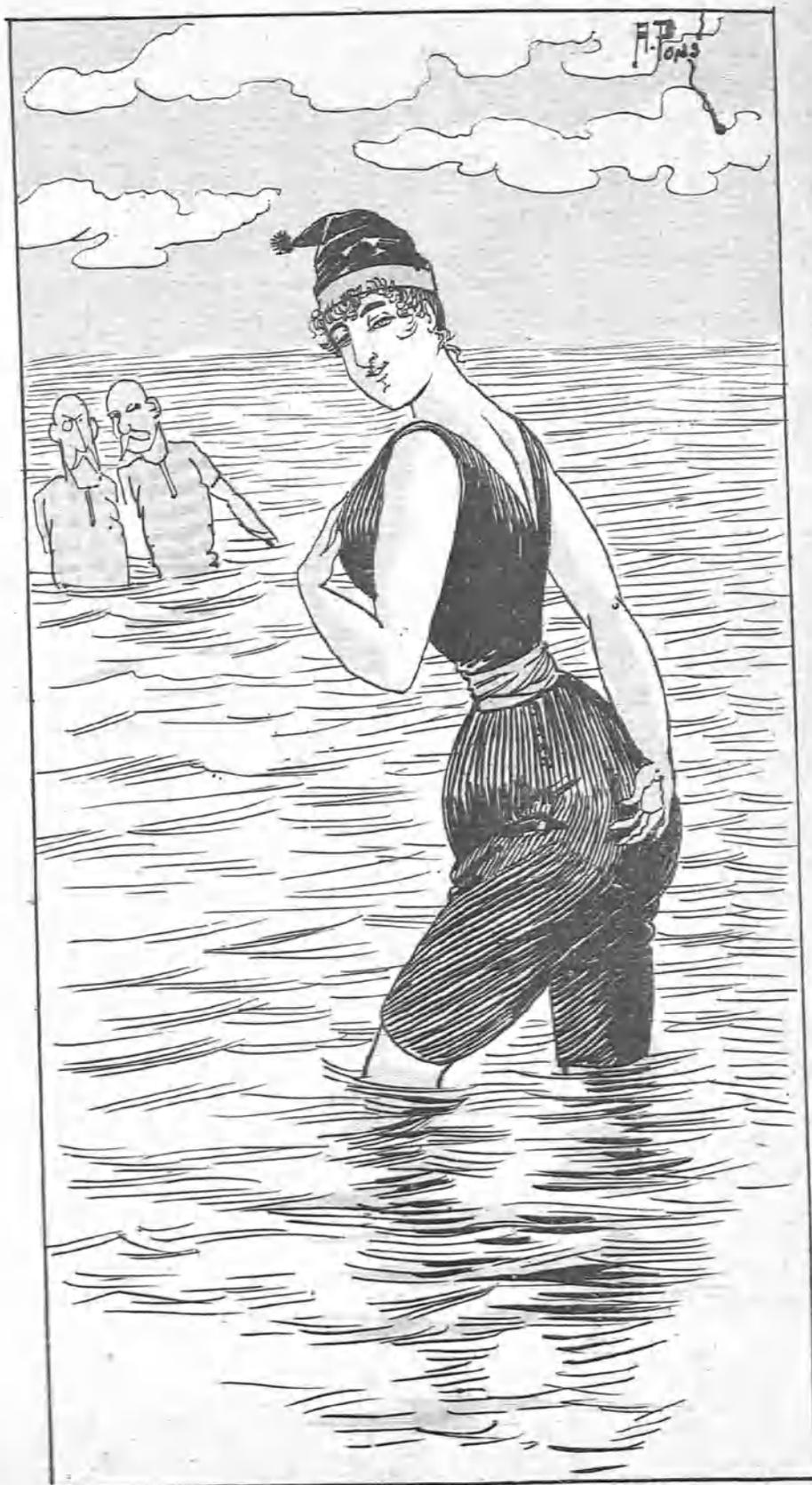
### Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS  
» ATRASADO, 25 »

## PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





# Diario Cómico

el balneario donde reposan durante el verano; otros con recuerdos históricos sacados de aquí y acullá, puesto que ellos no han de haberlos presenciado; los más repitiendo siempre que no ocurre nada, que les está vedada la política y fuera de ella no hay noticias.

Habíame yo dado formal palabra de no volverme á meter en éste para mí intrincado problema de hacer *Crónicas*, y no sólo á mí, sino que también á los lectores de *Los Mañaneros* ofrecí solemnemente que no lo haría más, ya que en momentos de apuro me vi precisado, por exigencias del entonces Director, á llenar un hueco que con soltura y gracia peculiar viene llenando desde el primer día mi amigo Navarro Gonzalvo.

Noble era mi propósito y honrada mi promesa, pues que yo creía y sigo creyendo que harto tenía con dedicarme á los monitos, aunque con más gusto me dedicaría á matutero, que, según parece, es lo que más produce ahora; pero cátense ustedes, ó no se caten (á mí me es igual), que el Navarrito de mis pecados se fué á Más de Cunill, y aunque prometió solemnemente enviar con puntualidad sus tan sabrosos cuanto celebradas *Crónicas*, esta semana nos ha hecho rabona, y nos ha dejado al editor y á mí con un palmo de narices, ya que poco faltaba á nuestras respectivas prominencias nasales para alcanzar esa medida.

Y lo de la otra vez: recadito.  
«Amigo Fulano—no me llama Fulano, claro está; me llama por mi nombre, pero me suena muy bien eso de Fulano: esta semana nos ha dejado Navarrito sin *Crónica*—le llamamos Navarrito en el seno de la confianza—seno que no faltará quien llame alabastrino, y si lo llamamos así, Navarrito, no alabastrino, es por mor de la estatura; le sienta bien eso de «Navarrito» no sucederá lo mismo si quisiéramos llamar con igual cariño al gobernador *Aguilarita*. No da idea de la inmensa personalidad del primer bastón con borlas de la provincia. Sigue la carta: «Usted verá cómo sale del paso.»



¡Vamos; del mal, el menor!  
Yo creía que era de una *Crónica* de la que tenía que salir; pero no, señor, ó señores, es de un paso.  
Como dicen los chulos:  
—Ná, chico, que te digo que aquello fué un paso.  
Y esto va á ser otro.  
Pero un mal paso.  
Que me va á hacer pasar las de Caín.  
Porque es un paso en falso que da un dibujante á presencia de muchos espectadores.  
Y un paso atrás en el cultivo de las *Crónicas*.  
Que obliga á pasar por tal lo que no lo es.  
Pero todo tiene arreglo en este mundo: *pasen* ustedes por alto estas líneas.  
Y, antes que se me olvide: de todo esto tiene la culpa la temporada de verano que se está pasando el director en Más de Cunill.

En fin, *paso*, que mancho.



Voy á entrar de lleno en los asuntos de la semana, porque esto de los prólogos, exordios ó proemios es muy socorrido para llenar cuartillas y dejar al lector sin satisfacer su legítima curiosidad por conocer las noticias más salientes de la semana.  
Todos, ó casi todos los cronistas (hagamos excepciones, por si las hay), tienen muletillas muy socorridas para cumplir con su deber sin cumplir.  
Quiero decir, sin hablar de nada.  
Unos con cartas á Fulanita; otros interesándose por la Puerta Otomana, como si tuvieran las llaves de ella; otros contando cómo pasan el día en

Así se despachan sus croniqúitas los maestros en el arte de hacerlas.

¿Qué me queda á mí, pobre dibujante, si ellos se llevan los pocos recursos que yo conozco para quedar como un hombre sin haber dicho esta boca es mía?

¡Desgraciado el que ha de salirse de su esfera!

La de mi reloj señala las dos de la mañana, y aquí me tienen ustedes metido en este laberinto y resuelto á no parecerme á los demás.

¿Dice *Diario Cómico*?  
Pues hay que relatar día por día todo lo ocurrido en Madrid y sus afueras durante la semana que expira entre mis manos pecadoras.

No se diga que para una *Crónica* que he tenido que hacer me he valido de recursos que no titubeo en llamar indecorosos.

Y no se diga también que á los dibujantes, sacándoles de sus monos, no saben hacer otra cosa.

Si, señores.  
Yo tomo la palabra en defensa de la clase, y digo:

Pero como ahora no es momento oportuno, pido se me reserve para otro día.

Entretanto quedo en defender al honrado gremio.

Vivan confiados mis colegas, que en buenas manos está el *panero*.

Ahora á lo que estamos.  
—A ver, muchacho, los diarios de estos días. Recorta lo más saliente.

—¿Cómo? dirán ustedes si aún les queda humor de decir algo. ¿Nos va usted á repetir lo que ya han dicho otros periódicos?

—¡Ah! digo yo que, aunque no me quede humor de decir nada, tengo por necesidad que decir algo. ¿Pues qué creían ustedes? ¿Que iba yo á inventar las noticias? No, señor; ¡si ya estoy en el secreto de cómo se hacen estas cosas!

Aún no se ha escrito el *Manual del perfecto cronista*; pero se escribirá algún día. ¡No que no!

¿Que ya las han leído ustedes? (las noticias).  
¿Que lo que yo pueda decirles lo tienen olvidado de puro sabido?

Pues eso, eso son las *Crónicas*.

Ustedes creerían, como yo, que esto era difícil. ¡Quíá!

¡Si es la cosa más fácil!...

¡Phst! (con desprecio).  
¡Croniquitas á mí!

Que vengan, que aquí estoy yo para trinarlas.

Que hagan monos los cronistas. A ver, á ver. ¿A que no los hacen?

Si, en último resultado, saliera alguno haciéndolos, como he quedado en defender la clase, la defendería también, ¡qué caramba!

Y entretanto, firmo y *paso*.

A. PONS.



A D. José M. Esbrí. (1)

**E**ra Sr. Esbrí (llámese ó no así) acaba de publicar en el periódico titulado *La Patria* tres artículos, dedicados á mi último folleto literario; y aunque yo, siguiendo una buena costumbre, no suelo replicar á los que critican mis críticas, contestaré á este mi censor, porque, aunque sea con ironía, me dirige varias preguntas en forma de *dificultades*, según él dice; y como es hombre que demuestra tener cierto ingenio y regular cultura, no quiero darle la llamada por respuesta. Digan lo que quieran muchos buenos amigos que me mandan darme tono, yo creo que debo discutir con cualquiera que, aunque no presente un nombre conocido, presente argumentos. Este señor Esbrí, sin ser un águila (más bien debe de ser dómine ó maestro de escuela), tiene más malicia, y sabe más de gramática y de retórica y de lógica que muchos críticos y poetas matriculados. El mismo M. del Palacio (que dice: el *omega*), no ha sido capaz de tanto, ni con mucho, como el Sr. Esbrí; el cual, en vez de contentarse con exclamar «tus versos son infernales», como *O, 50*, se ha puesto á buscar defectos *sobre el terreno*, texto en mano.— Si los Bonafoux, Cartóns, Rancés, Carreras y los críticos serios fueran capaces de hacer lo que usted, Sr. Esbrí, yo discutiría con ellos siempre que fuera del caso.

Debo advertir al Sr. Esbrí que de sus artículos yo no conozco más que dos; el segundo no ha llegado á mis manos; por eso no puedo defenderme de los cargos que en él me haga. Respondo á lo que he leído. Pregunta usted que por qué, sabiendo que mis versos son malos, me atrevo á publicarlos.—Porque «una y no más», dijo Santo Tomás. Me dedicó *O, 50* una epístola en verso muy mala, y yo, por pura broma, le contesté, sin ejemplar, con otra epístola en tercetos, como puede hacerla cualquiera que, sin ser poeta (como yo no lo soy) tenga la facilidad de coger el sonsonete de tal ó cual índole de ritmo y escribir imitaciones, más bien *resonancias*, de lo leído repetidas veces. Cuando yo era muchacho, escribía (pero no publicaba, y en eso está el toque) poemas á *la Campesina*, que empezaban en un tren ó en un confesionario, y tenían aquello de «y como tal, y como cual.» Pasada la edad del sarampión poético-imitativo, es claro que abandoné esta crisis de placer solitario-estético; y ya hacía más de doce años que yo no escribía versos, cuando á *O, 50* se le ocurrió llamarme poeta detestable, como pudo llamarme *maista*, en el sentido de mal torero. ¿Y qué hice yo? Cogí, y en un periquete escribí unos doscientos endecasílabos que, malos y todo, no los cambié por los que me ha dedicado *O, 50*.

Sería absurdo, Sr. Esbrí, que después de decir yo que no había aquí más que dos poetas, me presentase con infaldas de vate. ¡Dios me libre!

Yo puse el título á mi epístola, y la calificó antes de escribir. Saliera como saliera, yo la reputaba por mala.

No hay falsa modestia que valga, ni *impermeable* contra el chisparrón de las censuras; puede mi epístola contener los defectos que usted busca, y no ser tan infernal como quiere *O, 50*, y, sin embargo, ser malos mis versos, como lo serán indudablemente; y nadie me hará decir otra cosa. Más falsa que la mía parece la modestia de usted, que me llama *crítico eminente*, y á sí propio se califica de profano en materia de letras; lo cual no quita que en seguida se ponga á darme lecciones de rudimentos gramaticales. Crez usted, en todo caso, que, de las pocas figuras retóricas que deben conservarse clasificadas, una de las principales es... la modestia retórica. Es ésta una de las reglas del *clero humanista*.

Sin duda por equivocación, califica usted de anfibológica lo siguiente:

Libro que me regalan, no lo vendo,  
por más que muchas veces no lo leo,  
y á la cortez dedicaría atiendo  
del tomo que mi orgullo tisonja,  
en que me ofrece de tu musa el fruto,  
aliviando mi broma y la pelea.

¿Dónde está la anfibología? ¿Qué otra cosa se puede entender que lo que se dice? Usted mismo, al censurar que pase de lo general á lo particular sin transición, habla de molestias para el lector, pero no señala anfibología alguna. Lo que hay en esos versos es una especie de epifonema *al reoís*, si por epifonema quiséramos admitir lo que es afirmación de carácter general, pero de orden histórico, no filosófico. De lo que adolecen esos renglones no es de anfibología, ni de dificultades para el lector por la transición brusca de lo general á lo particular; lo que tienen es... un poquito de rigo, poco.

Y sigue el Sr. Esbrí buscando anfibologías donde no las hay.

(1) Las cartas á Salvador Rueda continuarán, en contestando al crítico de *La Patria*.

«En los versos siguientes:

«Vuelvo á ser mal clarín, vate manido,  
y todo lo peor que me dijiste  
primero de llevar tu merecido?»

«Por no estar expreso el sujeto de *llevar*, y por ser fácil unir el tercero al primer verso, saltando por el segundo (1), resulta anfibológico el sentido, hasta el punto de dudar si quien ha de llevar es yo ó tú; si *tu merecido* ha de tener una significación subjetiva ó objetiva.»

Como no tengo interés en notar aquí las equivocaciones de mi censor, no me detengo á demostrar que, fuera yo ó fueras tú el del *merecido*, sería subjetiva la significación; esto admitiendo la impropia, pero muy corriente, distinción de lo subjetivo y lo objetivo, tal como se usa, v. gr., cuando se llama subjetiva á la poesía lírica, y objetiva á la épica. No admitiendo lo subjetivo en oposición á objetivo, si no en su estricto sentido filosófico, no cabe hablar en éste caso de significación subjetiva ni objetiva.

Pero vamos á lo que importa. El Sr. Esbrí ve una anfibología en ese terceto porque se pue le saltar el segundo verso, y unir el tercero al primero. (Pues vaya una gracia!

Así le encuentro yo anfibologías y disparates al *sursum corda*, como si dijéramos. Si yo he escrito el segundo verso, no es para que me lo salten; y no crea que entre las *licencias* retóricas se encuentra ese *libertinaje* de saltar versos al escritor y después decir que no se le entiende. No vale saltar nada; sea usted lo escrito tal como está, y no hay anfibología posible. No la hay, por dos razones (figúrese usted, ¡dos nada menos!). Primera, porque la acción de llevar, no estando el sujeto expreso, se ha de atribuir, en buena ley de entendederas sintácticas, al sujeto del verbo inmediato á quien sirve de complemento todo el tercer verso. «Lo que me dijiste antes de marchar.» ¿De marchar quién? preguntará usted; y todos le dirán: «De marchar tú, hombre; bien claro está.» Segunda razón: tampoco hay anfibología, aun prescindiendo de la anterior, porque *llevar tu merecido es frase hecha*, modismo, que no tiene sentido alguno si no se aplica á la persona indicada por el posesivo. Ya lo dice el Diccionario de la Academia (autoridad cuando tiene razón): «Merecido (de merecer), m. Castigo de que se juzga digno á uno. *Llevó su merecido.*»

Es claro, Sr. Esbrí; para ser yo, y no tú, tenía que ser mi merecido; llevar *tu merecido* es un disparate, no significa nada, no podía ser; no se podía entender eso de ninguna manera. De modo que de la casualidad que, en este caso, ni aun con la *licencia* inaudita de *saltarme un verso* (libertad que nunca consentiré), se podía encontrar la anfibología que usted busca con tanto afán.

Vaya usted contando, Sr. Esbrí. Van dos anfibologías delatadas por usted, de las cuales la primera ni usted mismo se atreve á señalarla, porque es imposible suponerla siquiera; y en cuanto á la segunda... queda probado que no la hay, ni la habría siquiera dejándole yo á usted leer unas cosas sí y otras cosas no.

Conque todo aquello de los *tiqués miqués* y de lo que dijo Quintiliano, muy bien dicho, sobra en este caso. Si, señor; yo busco anfibologías... y doy con ellas; usted las busca donde no las hay, y se vuelve con las manos vacías. En eso nos diferenciamos. Y es que, para hacer objeciones...

no basta con hacer oposiciones.

Porque debo advertir que, al llegar aquí, rembo el segundo artículo del Sr. Esbrí, el artículo que me faltaba, y en él veo que mi crítico es, como D. Hermógenes, opositor á cátedras. Que no sea por muchos años. Quiero decir, que ojalá Dios le den al Sr. Esbrí pronto una cátedra de retórica, que de seguro merezca, á pesar de no encontrar anfibologías donde no las hay.

De todas veras, y sin perjuicio de los quites, oposiciones y contras que he de seguir ejercitando, en legítima defensa de mi modo de poner la pluma, de todas veras le digo al Sr. Esbrí que me ha parecido simpático y hombre de cierta instrucción, lo cual va siendo aquí un mérito extraordinario. Eso de citar á Marcial, á Quintiliano y á Goethe (en alemán y todo); y lo otro de sacar á relucir muchos versos españoles antiguos para demostrar algo que yo no niego, y que nada tiene que ver con lo que yo digo, podrá tener sus ribetes de pedantería de segunda enseñanza, inocente y bonachona (ahí tiene usted una anfibología, para los tontos), pero es casi casi de alabar en éstos tiempos y países en que muchos que nunca parecen pedantescos, lo deben á su absoluta ignorancia de la *profaxis* y de la *catástrofe*.

Es claro que el Sr. Esbrí no es un crítico, y bien lo deja ver en las observaciones generales que se permite acerca de lo que debe ser la crítica, y en sus escarceos con motivo de la anfibología y de la sinalefa; pero comparado con los que dicen el *omega* y con los señoritos hispanoamericanos que hacen alarde de no saber declinar en latín, es el censor de *La Patria* el *Estigirita* en persona.

Por considerarlo así, le contesto con el detenimiento que se ve, y seguiré contestándole humildemente.





El de todos los domingos y fiestas de guardar.



—¿Ha oído usted, Carlos, música más desagradable? Esas gentes no saben lo que se tocan.  
—Eso lo sabe todo el mundo: los extremos son los que se tocan.

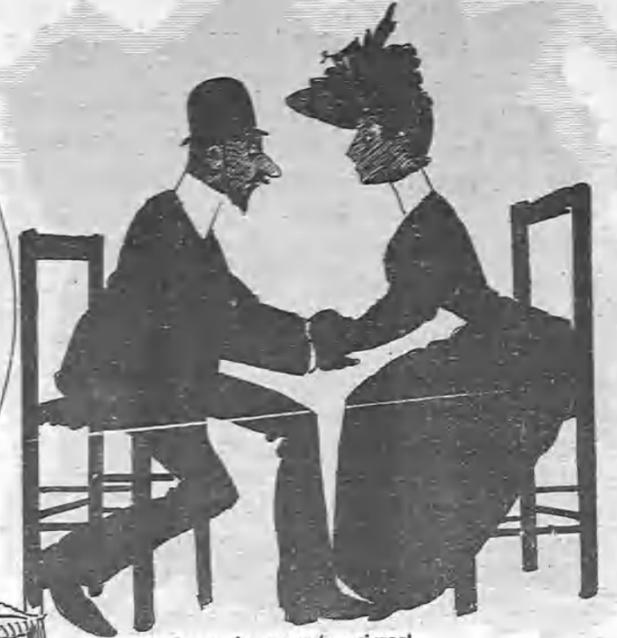


Esta es una de las posturas elegantes que han adoptado los ídem para presentar los quezos á los ojos y las narices de los paseantes.



UNA PICARDÍA

—Cuando no me vea nadie voy á hacer como que saludo al ministro de Ultramar, y luego me doy vista en el café para que el mozo espere unos



—¡Júralo por lo que más quieras!  
—Por ese alfiler que me ofreciste, y del que por cierto parece que te has olvidado.

—Dicen que tengo debilidades porque algunas veces enseño algo más de lo conveniente. ¡Debilidades yo! No me han visto bien.



—Ella pasará, y si no ve en mi semblante todo lo grande de mi amor, es que no entiende el dialecto de los ojos.



EL GRACIOSO DE LOS JARDINES

—¿A que no sabe usted, Rosita, cuándo viene el Rey?  
—A fin de mes, probablemente.  
—Pues no, señora; viene invariablemente cuando ha puesto uno el dinero á la contraria.

Para concluir, por hoy, no crea el Sr. Esbrí que yo sostengo la tesis absurda de que mi folleto no tiene defectos. Tendrá muchísimos.

Tampoco me atreveré a decir que el Sr. Esbrí no es capaz de encontrar esos defectos; algunos, si no todos.

Lo que seguiré demostrando es que las tachas por él señaladas, no son tachas.

(Se concluirá.)

CLABIN.

A EDUARDO NAVARRO GONZALVO

Querido amigo Eduardo,  
Clayfero insigne.  
Aunque tomaste el tole  
sin despedirte,  
mi voz sincera  
te remite por Mansí  
la enhorabuena.

Los autores andamos  
como palomos,  
para ver quién va á Esclava,  
y quién á Apolo;  
y, según cuentan,  
este invierno tendremos  
diez mil Empresas.

Sé que has ido á Más; ¡ehico,  
lo que me alegró!...  
¡Ir á Más, cuando todos  
vamos á menos!...  
(De esta agudeza  
es autor propietario  
Pépe Laserna).

Hay autor que ya tiene  
diez arréglitos,  
dos saínets bailables  
y tres pasillos;  
y al terminarse,  
entremeses, caprichos  
y disparates.

Más de Conil, que debe  
ser traducido  
Más de conejo; vamos  
¡cansí un cabrito!  
Nieta, embustero,  
tu afición decidida  
por los conejos.

Ya lo sabes, querido:  
si tienes algo,  
déjate de conejos  
y de gazapos;  
pues de otra suerte,  
no vas á tener hueso  
donde meterte.

Mientras tú eres verdugo  
de las pa-ellas,  
Dios nos da pa nosotros  
la mar de penas;  
y es la más leve,  
este sol de justicia  
que nos enciende.

Adiós, ó, mejor dicho,  
hasta la vista;  
mira que te aconseja  
quien bien te estima;  
deja las chutas,  
y van, porque aquí en seco  
también hay truchas.

GALIXTO NAVARRO.

Viaje de vuelta.

D. Pantaleón tiene ochenta años efectivos; él se adjudica setenta y cuatro, puramente *nominales*, porque la partida de bautismo, con una crueldad invencible, afirma que en la iglesia de San Cayetano bautizaron el año de gracia de 1809 á un niño llamado Pantaleón García, precisamente el ochentón de ahora.

Vive el héroe de nuestro cuento, cargado de años, pero con legítimas ambiciones de aumentar todo lo que pueda la carga. Y lo que él dice:

— Los años pesan mucho, es verdad; pero no hay quien quiera cuando de ellos se trata, quitarse peso de encima.

El otro día leyó D. Pantaleón una noticia. El fisiólogo Brown-Séquard afirmaba que, con inyecciones de cierta sustancia animal, los viejos podrían rejuvenecerse.

¡Tal que oyó D. Pantaleón! Daba vueltas como un peón... cuando se le concluye la cuerda. A un tiempo reía y lloraba, poseído de un placer inexplicable, inmenso.

— ¡Si tenía que suceder! dijo el viejo. ¡Si me lo daba el corazón! La vida es un viaje, claro está, y con estos adelantos modernos, un viaje en tren expreso, con descarrilamientos frecuentes. Pero ¿por qué ese viaje había de concluir en el túnel de la muerte? ¡Ah! Después de lo inventado por ese sabio, cuya vida guarda él mismo muchos años, el viaje es de ida y vuelta, ni más ni menos que los de esos *trenes batijo* que llevan á refrescarse en sitios diferentes á *touristas* de menor cuantía.

Y D. Pantaleón daba brinquitos, de puro gusto. ¡Día feliz el que pasó el octogenario! Aprendió de memoria la noticia, leyó los pormenores indispensables para practicar la *operación vital*, y cuando llegó la hora de dormirse, al entrar (con ayuda ajena) en aquella cama blanda que soportaba sus flaquezas, no sintió el frío habitual, sino cierto calorillo excitante, y ya entre sábanas, después de apagada la luz para conciliar el sueño, le pareció que la sombra se rasgaba y que entre resplandores misteriosos aparecían poblado el espacio mujeres de rostros celestiales, que miraban á D. Pantaleón con ojos brillantados por el amor.

D. Pantaleón roncaba, y en tanto que su cuerpo tendido, entregábase á las dulzuras del reposo, la imaginación corría á todo escape por los campos de la fantasía.

El viejo, recordando los experimentos del sabio, buscó la sustancia en cuestión, y se la inyectó.

¡Qué cambio tan grande y tan repentino notó después!

D. Pantaleón tenía la cara amojamada y rugosa, semejando la superficie del campo después de la siega, con las puntas de los tallos cortados casi al ras del suelo, de un suelo que abrasa el sol ardiente de Agosto.

La cabeza del viejo estaba lisa y brillante. Unos cuantos pejlillos blancos eran como oasis en medio de un desierto de depilación. Su cuerpo, encorvado y empobrecido, rendíase á la pesadumbre del tiempo, y cada vez más inclinado, amagaba caerse como esas tapias abandonadas, de las ruinas, que lentamente se cuartean hasta que concluyen por desmoronarse completamente.

Pero ¡qué transformación tan grande la del héroe de nuestro cuento cuando entre sueños comenzó á aplicarse las inyecciones vitales! A la primera, su cuerpo se puso un poco derecho; su cabeza empezó á cubrirse de pelos blancos, y notóse con cierta agilidad. A la tercera, ya parecía un viejo bien conservado. Cierro que aún blanqueaban sus cabellos; pero sin duda que no aparentaba más de los sesenta.

Seguía las inyecciones con entusiasmo frenético. Los blancos cabellos se quedaron grises, y la piel, estrada, tenía por debajo nuevas y abundantes carnes. D. Pantaleón, lleno de asombro, corría sin fatigarse; dentro del pecho percolaba el fuego de la virilidad, traducida en arrogancias para con los hombres, en dulces simpatías é irresistibles atracciones para las mujeres.

¡Y D. Pantaleón no cesaba! Seguía funcionando la jeringuilla, según introduciéndose por sus venas, en forma tangible, vida, una vida poderosa, que se derramaba por todo su cuerpo. Iluminando sus sentidos y fortaleciendo su naturaleza.

La metamorfosis llegó á su colmo. D. Pantaleón el viejo, el abatido, se transformó en un joven de negros y espesos cabellos, alta estatura, airoso, gallardo. Y al mismo tiempo que su materia cambió, su espíritu víose también remozado. Alegrías y desos inundaban su alma. El amor le impelía á cientos de aventuras; el amor le tiranizaba, y él sentíase orgulloso al considerarse un esclavo ciego del amor.

¡Con qué fruición recordaba la anterior vejez! Estaba en viaje de vuelta. Abandonó los páramos de la decrepitud, y otra vez sentíase en el paraíso de la mocedad, con la eterna primavera de las pasiones extasiando su atención, sintiendo caer desde lo alto resplandores del sol de la vida, que parecían infundirle alientos regeneradores.

Pasó tiempo, y aunque Pantaleón (ya no necesitaba *domes* de nadie) cesó de inyectarse el líquido vital, la naturaleza avanzaba, sin duda obedeciendo á ese fenómeno físico de la velocidad adquirida.

Fué perdiendo vigores de la edad adulta, la reflexión y el juicio de los treinta años, y notó que se apoderaba de su ser la informalidad. ¡El viaje de vuelta iba tomando mal cariz! Pantaleón se convirtió en Pantaleoncito, y su cuerpo menguaba, desaparecían ciertas risueñas sensaciones y el hombre robusto trocábase en un mozo primero y en un niño después.

— ¡Diablo! decía el ex viejo. Vuelvo á notar lo mismo que cuando era ochentón. ¡Y cómo se parecen los viejos y los niños! ¡Ah, esto no me conviene! De ninguna manera. ¡Pues estamos avisados! Ahora no levanto tres pies del suelo, nadie me hace caso, soy un ente especial, un chico, y hasta me dan ganas de echar un marro con mis compañeros. Yo no deseaba esto. Yo quería detenerme perpetuamente en la estación de los treinta años, y esas pícaras inyecciones me obligan á recorrer toda la línea.

(Y de nuevo D. Pantaleón, convertido en Pantaleoncito, echaba de menos los goces propios del Pantaleón á secas!)

Hubo un momento en que nuestro héroe se vino al suelo, quiso pedir auxilio; y no pudo hablar. Un llanto entrecortado y ruidoso sustituyó al lenguaje con que antes se expresaba.

¡Se había convertido en un niño de un año!...

En la casa del viejo D. Pantaleón había una criada, fresca moza, de abultadas formas, nacida en delicioso paraje gallego.

Esta criada cuidaba del abuelito. La mañana siguiente á la en que el ochentón se acostó, pensando en las famosas inyecciones, notó que su señor tardaba mucho en despertarse.

Inquieta por esta tardanza entró en la alcoba, de la cual, á poco, salía dando voces y gritos.

— ¡Qué te pasa? le dijeron. ¿Por qué tan sofocada?

— Porque entréme á llamar al señor y me ha dicho una cosa que no aguanto.

— ¿Qué te ha dicho?

Y la criada, remediando el balbucear de los niños, exclamó:

— ¡Quiedo teta!

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



**La ópera italiana.**

Argumento inevitable de mil y quinientas óperas. (Sólo es preciso ver una para conocerlas todas).

**ACTO PRIMERO**

**ESCENA PRIMERA**

*La tiple, extendiendo el brazo:*  
—¡Oh, gran Dios! ¿Quién me lo toma?  
(El brazo sigue extendido hasta el final de la obra.)

**ESCENA II**

*La contralto se presenta muy ligerita de ropas, y dice, echando á la tiple una mirada insidiosa:*  
—¿Cómo me carga esta tía?  
(La tiple se hace la sorda.)

**ESCENA III**

*El tenor, á grito herido:*  
—¿Aquí yo soy el que corta la meritulal ¡Oh, madre! ¡Tiembala!  
(Saca un violón y lo toca.)

**ESCENA IV**

*El baritono, mirando al tenor, con mucha sorna:*  
—«Ese niñito es un habieco; voy á soplarle la novia.»

**ESCENA V**

*El bajo profundo, haciendo górgoros estrepitosos:*  
—«¡Yo sono il grande padrone!  
¡Vive Dios! ¡Rayos y bombas!»

**ESCENA VI**

*El coro, desafinando:*  
—«¡Andiamo! ¡Terrible historia!»

**ACTO SEGUNDO**

*La tiple.* — «¡Tomadme el brazo!»  
*La contralto.* — «¡Estoy celosa!»  
*El tenor.* — «¿A quién le pego?»  
*El baritono.* — «¡Habrà bronca!»  
*El bajo.* — «¡Sono il padrone!»  
*El coro.* — «¡Terrible historia!»

**ACTO TERCERO**

*La tiple, bajando el brazo:*  
—«¡Estaba escrito! ¡Perdonal!»  
*El tenor.* — «¡Me la pegaste!»  
(Saca un puñal, y se ahorca.)  
*El baritono.* — «Te dije que te soplabla la novia.»  
*La contralto.* — «¡Me he lucido!»  
*El bajo.* — «¡Truenos y bombas!»  
*El coro.* — «¡Historia terrible!  
¡Andiamo! ¡Terrible historia!»

ADOLFO LLANOS.

**BESOS**

—Pero ¿por qué te enfadas?... Te figuras que es manchar tu pureza lo que intento, y no es así, que en la ocasión presente no hay nada terrenal en mi deseo.

Si quiero unir mis labios á tus labios, y darte uno, nada más que un beso, es porque sé que sólo con besarte puedo hacerte saber lo que te quiero; que ya me canso de buscar palabras que puedan expresar mi pensamiento, sin hallarlas jamás, pues siempre queda escondido en el fondo del cerebro lo que decir no saben los idiomas; lo que se dice sólo con los besos, que al alma donde llegan van contando del alma que abandonan los misterios.

Y un beso no es pecado, no lo creas, aunque lo diga el padre misionero. Si en ellos el amor es un delito, ¿qué saben ellos lo que son los besos?

No les atiendas tú; sólo es pecado cuando es impura la intención; y creo que tú no temerás que he de ofenderte; ¿cómo te he de ofender, cuando te quiero? ¿cómo te he de manchar, si es tu pureza, lo que en ti adoro más, tanto, que pienso que acabará mi amor si tú la pierdes... ¡y si él acaba, empezará mi infierno!

No tienes que temer; quiero besarte, porque sube á mis labios, de mi pecho, el amor, en ardientes oleadas que se condensan y se vuelven besos, como la espuma del Champagne se eleva hasta el borde del vaso en que lo bebo. La espuma, si se deja, se derrama; lo mismo es el amor; y yo no quiero dejarlo derramar, cuando tú puedes con tus labios de fresa recogerlo.

—¿Dudas aún?... ¿Por qué? Pero ¿qué temes?...  
—«Los furios del fuego del infierno?»  
—«¿Qué tontuna!... Si así te condenaras, estabas condenada hace ya tiempo; tus ojos... ¡habladores! me lo han dicho, y ya sé que me besas en tus sueños.»

EDUARDO GARCÍA.



**RETAZOS**

Pido á Luz para casarme...  
—Y usted, ¿qué tiene?

—Pues nada: uno cosa proyectada que ha de prosperar y armarme.  
—A usted la chica le quiere pero... no lo autorizamos hasta tanto que... en fin... vamos, la cosa de usted prospere.

—¿Y qué hay de la cesantía?  
¿Le han repuesto?

—No, señori.  
—Y la suegra, ¿está mejor?  
—Sí; ¡venció á la pulmonía!  
—¡Vamos, me alegro, García!...  
—¡Muchas gracias, Redentor!

—«Con el alma nos amamos!  
Pero un día, al fin, reñimos;  
y hoy, cuando nos encontramos,  
los dos nos avergonzamos,  
porque... ¡como nos quisimos!»

EUSTAQUIO CABEZÓN.

**Pacotilla.**

Hace dos ó tres días, caballeros, que ni dormo la siesta, ni de noche cerrar puedo los ojos ni tampoco comer, ni *viceversa*; me dan los nervios fuertes sacudidas, se me traba la lengua, se me crizan los pelos del bigote y hasta los de las cejas!

Me suele suceder este fenómeno ¡mire usted qué rareza! siempre que me impresionna una noticia que á cosa de mujeres se refiere. Y como hace tres días que he leído la sorprendente nueva de que han ido á París con los bomberos ingleses, seis bomberas, que hicieron ejercicios como tales sabiendo y descendiendo por las cuerdas, la impresión recibida ha trastornado toda mi personal naturaleza.

Vamos, que se me crispa todo el cuerpo al pensar qué emoción tan placentera sentirá un señorito, en el instante de ir á ser devorado por las lenguas de fuego, que le cierran la salida, y de pronto se vea en los bonitos y robustos brazos de una hermosa morena que haya caído con fe por la ventana á salvar su existencia!

Tal vez el hombre, fuera ya del radio del incendio voraz, cuando á la fresca corriente de aire que le dió en el rostro de su desmayo vuelva, ruboroso los párpados entorne al verse al lado de la moza intrépida, en calzóni los ó en menores paños, según la situación le sorprendiera; pero así que las tintas pudorosas del rostro varonil desaparecieran, acaso exclame con amor volcánico:

—«¡Oh preciosa bombera!  
¿Tu me has salvado del horrible incendio! Por ti se libró el cuerpo de la quema, y de él disponer puedes á tu antojo. ¡Mi honor te sacrifico cuando quieras! ¿Qué menos á una chica que te salva puede ofrecer un hombre de vergüenza!»

A mí me gusta mucho, francamente, esa costumbre inglesa de los bomberos de uno y otro sexo, por razones diversas; pero es mucho mejor, sin duda alguna, contar con un buen cuerpo de bomberas, que sepan manejar todos los chimenes con gran habilidad. ¡Y aunque no sepan ¡Ay! Si hubiera en España bomberitas guapas, alegres, jóvenes y sabietas! ¡Yo sé de alguno á quien catorce veces se le incendiaba al mes la chimenea!

En Elche han sorprendido una falsificación de monedas; pero el falsificador no ha sido habido.

Se llama Padre Santo, y le anda buscando la Guardia civil.

¿Qué extraño es que falsifique las monedas un hombre que se ha afrevido á falsificar al Padre Santo?

Pero lo que él dirá:

—En lugar de protegerme, me persiguen y me ahorman...  
—¡Vaya un puñal y se quejan del retraso de la industria!

—¿En qué se parece el que hace para ochavo á la estatua de Mendizábal?

—En que nunca cambia de posición.

Se anuncia que un cometa de larga cola y luz resplandeciente, á máquina completa se aproxima á nosotros velozmente.  
¿Qué anunciará á la tierra?  
¿Epidemias, sinistros, hambre ó guerra?  
Si de hambre atroz á los hogares nuestros nos trajera el angustio, por venso, dirían los maestros:  
—¡Esa noticia viene con retraso!

Ahora se ha descubierto un nuevo procedimiento para hacer el amor en algunos pueblos de Andalucía. Se deja un garrote, como por olvido, en casa de la moza á quien se pretende.

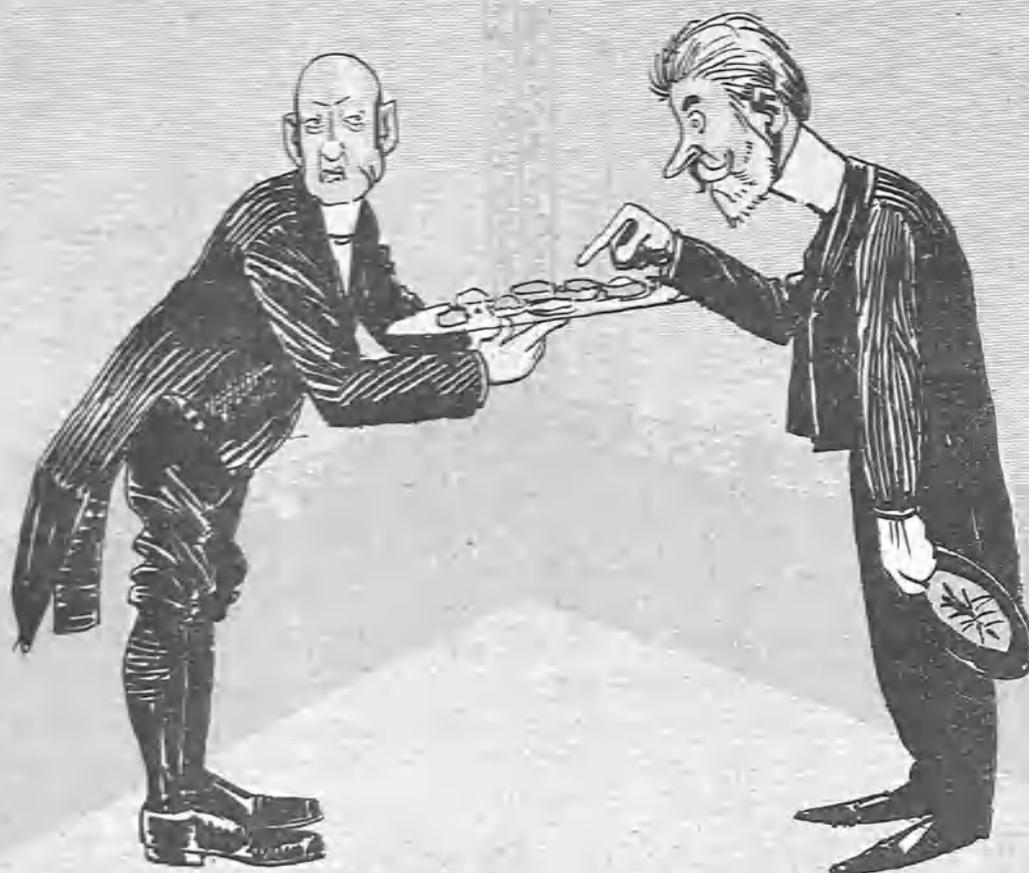
—¿Tira la chica el garrote á la calle? Pues es que no le gusta el mozo.

¿Le gusta y lo acepta? Pues se queda con el garrote.

Falta saber, unas que con él se atiza, quién se queda después con la paliza.

JOSÉ ESTRAÑI.

CON CONFIANZA



—¡Hombre, de los que sobren, guárdame envueltecitos en un papel una docenita de pasteles para los niños.

## ANUNCIOS RECOMENDADOS

*F. Serrano de la Pedrosa.*

### LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

LIBRERÍA

DE LA

### VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

Los Madriles.

### El Carnaval de Venecia.

*Novedades de París, Londres y Viena.*

Corbatas, puños, cuellos, bastones, abanicos y toda clase de objetos para regalos.

ANTONIO NAVARRO

18, Arenal, 18.

## SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

**Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.**—Combinación a puertos americanos del Atlántico y puertos Norte y Sur del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz, y el 20 de Santander.

**Línea de Colón.**—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá, y servicio a Méjico, con trasbordo en Habana.

Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 25, vía Puerto Rico, Habana y Santiago de Cuba. Salida de Barcelona el 15.

**Línea de Filipinas.**—Extensión a Ilo Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de África, India, China, Cochinchina y Japón.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro viernes, a partir desde el 11 de Enero, y de Manila cada cuatro sábados, a partir del 5 de Enero.

**Línea de Buenos Aires.**—Un viaje cada dos meses para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz cada ocho semanas, a partir del 31 de Enero.

**Línea de Fernando Poo.**—Con escalas en la costa occidental de Marruecos.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

**Servicios de África.**—Costa Norte.—Servicio quincenal. Salidas de Cádiz los días 16 y 30 para Tánger, Algeciras, Ceuta y Málaga, y retorno de Málaga el 12 y 25 con las mismas escalas.

Costa Noroeste.—Servicio mensual de Cádiz a Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán y Mogador.

**Servicio de Tánger**—Tres salidas a la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

**Aviso importante.**—La Compañía previene a los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará a los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía expide pasajes y admite carga para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los señores Ripoll y compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: don Julián Moreno, Alcalá, 33 y 35.—Santander: Señores Angel B. Pérez y Compañía.—Covuña: Don E. de Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Señores Bosch hermanos.—Valencia: Señores Dart y compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.